



EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXIII

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm. 9642

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11 25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24

JUEVES 21 DE DICIEMBRE DE 1893.

CONDICIONES:

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg Montmartre, 31.

M. LEONIE BROUIN.
Modista de Sombreros de París
Llegará en la próxima semana
PLAZA DEL REY, 16, PRINCIPAL.

MUSEO COMERCIAL
EXPOSICIÓN PERMANENTE Y VENTA
EN COMISION DE PRODUCTOS
INDUSTRIALES

Sección agrícola: Arados.—Azufradores para la vid.—Taponadoras.—Inertadoras.—Bombas.—Norias.—Muebles para jardín.—Jarrones.—Guano insecticida.—Herramental completo para la agricultura.

Minas y Maquinari-: Máquinas y calderas de vapor.—Bombas.—Vías férreas.—Wagones.—Tuberías.—Tornillaje.—Cubas.—Cables.—Desincrustante.—Manufacturas de caucho y amianto.—Crisoles.—Candiles.—Barrenas.—Picos.—Legonas.—Etc., etc.

Construcción: Chimeneas, pilas, escaleras y demás manufacturas de mármol.—Sifones, inodoros, tubos y codos de hierro para aguas y retretes.—Mosaicos y demás productos hidráulicos de mármol artificial.—Ladrillo hueco, teja plana, balaustrades, remates y jarrones de barro cocido.—Papeles pintados. Mayólicas, etc., etc.

Mobiliario: Sillas.—Cómodas.—Mesas.—Cámas.—Espejos.—Estufas.—Cajas de caudales.—Básculas, etc., etc.
PASAJE DE CONESA.—PUERTA DE MURCIA

EL COCHE DE PUNTO

Juanín del alma mía. Mañana á las seis te espero en el jardín de mi tio Sisebuto por la parte de los azofarfos. Saltá la tapia y apóyate en el invernadero pero sin haberte pupa. Estaremos solos debajo del alcornoque grande. ¡No faltes por

Dios á las seis en punto, eh? Tu puntualidad me dará la medida de tu cariño y decidirá nuestra suerte. Adios, adios. Tuya hasta más allá de la tumba fría, Pancracia Somormijo.

Esta interesante carta me obligó á despachar precipitadamente mis asuntos aquel día, para poder acudir á la cita con la debida oportunidad porque mi Pancracia que era una fiera de la clase de hijas de familia, no transigia nunca con mis retrasos injustificados.

Mas—¡oh desgracia inmensa!—no parece sino que todo el mundo se conjuró aquella tarde para impedir la realización de mi deseo.

Habían dado ya las cinco y tenía yo en casa al ordinario de mi pueblo participándome el hundimiento de una bodega mía; al chico de la imprenta de «El hipo nacional» pidiéndome por Dios los versos que habían de salir aquella misma noche; al sastre con un traje nuevo en el periodo de prueba; á mi amigo Rosaconete solicitando mi intervención en el duelo de un cómico chirlé con un crítico avinagrado....

Y el tiempo transcurría velozmente y mi cabeza era un bombo, ó mejor dicho una bomba y la hora de la cita se acercaba y solo en pensar en la distancia que separaba mi casa del hotel de D. Sisebuto, me producía congojas y basacas.

Por fin despaché á toda aquella gente. Miré el reloj y faltaban diez minutos para las seis. No era posible ir al hotel consabido á las seis. Se imponía pues la necesidad del coche *simón*.

Salté á la calle y tardé en encontrar uno. Pero lo encontré al fin.

Al fin... de la calle de Fuencaral. El cochero dormía y el caballo le imitaba.

—¡Eh!... ¡tú!... ¡cochero!... grité tirando al *simón* de la capa.

El hombre seguía como un caparro. Despablíste animal,—le dije más fuerte, golpándole la nariz con el bastón.

—¿Que hay, señorito?—contesté el auriga desperezándose.

—¿No oyes que te llamo?

—Dispéñeme caballero, como he pasado la noche en vela por causa de una prima.

Bueno; pues llévame á escape al barrio del Pacífico, hotel número 100.

—¡Maldita sea tu estampa!—murmuró el cochero encendiendo un pitillo pausadamente.

—¿Porqué gruñirá este bárbaro?—me dije yo acomodándome en el vehículo.

Este era un clareus destrozadísimo; pero mal oliente.

Pasaron dos minutos.

Pero—¿andamos ó no andamos?—exclamé un poco amostazado.

—Ya voy, hombre, ya voy—contestó el del pescante y descargó un traillazo sobre el penco, diciéndole con voz persuasiva: «Arre caballo.» Inútil pretensión. Aquel jamelgo parecía un funcionario inamovible.

—¡Hombre,—añadí despierta á ese animal porque según se vé también ha pasado la noche velando por causa de alguna yegua!

El cochero. ¡Arre!

Yo. ¡Gracias á Dios!

Esto lo dije porque el caballo despertó y anduvo...

—Cochero.

—¿Qué hay?

—¿No podemos ir más deprisa?

—No señor.

—Pues á este pasito vamos á fallecer bajo el peso de los años antes de terminar el viaje.

—¿Querria usted ir en volandas, verdad? Pues eso no puede ser. El caballo está cojo y además padece *accidentes catapléuricos* en cuanto se agita un poco.

—Bueno, bueno. Calla y sigue.

Miré el reloj. ¡Eran las seis y cuarto!

Jamás pudo esperarme un cuarto de hora mi Pancracia, y la catástrofe era segura.

Porque ¡cualquiera convencia á la impaciente joven después, si yo llegaba tarde por haber tomado un coche en lugar de ir á pie!...

De pronto el coche se detiene.

—¿Qué ocurre?—pregunté al cochero.

—Que no hay quien pase por aquí—me responde—¿No vé usted un carro de mudanzas hecho añicos en medio de la via?

—¡Valgame Dios! Pues tira por otra calle.

—Está bien, señorito, ¡Arre, caballo!

El carruaje prosigue su camino dando un forzoso rodeo por causa de aquella interrupción.

A todo esto yo me iba quedando frio; porque entraban por las portezuelas unos aires nacionales imposibles de resistir.

¡Como que le faltaban al coche casi todos los cristales, y estaba escrito que mi salud había de pagar los *vidrios rotos*!...

Gracias á que con el movimiento inaguantable y el ruido infernal del vehículo no me enteraba bien del vienteillo reinante.

De lo que me enteré fue de que íbamos por calles muy extrañas al camino recto.

—¡Cochero!

—¿Qué se ofrece?

—¿A dónde diablos me llevas?

—¿No me ha dicho usted que á la estación del Norte?

—¡Hombre no! Al barrio del Pacífico. ¿Es que estás borracho?

—Si señor.

Vuelvo á mirar al reloj. ¡Eran las siete!

—¿Quieres avivar el paso?

—No me dá la gana, señor mío.

Ya me va usted cargando demasiado.

—¡Insolente! Tras de que esto es una carretela insostenible...

—Pues ponga usted carruaje propio.

—Pára, pára; que me voy á bajar.

—¡Soooo!

—¿Qué escándalo! Toma; una pseta y un real de propina.

—¡Vamos! ¡No se quedará usted pobre! Me río yo de estos señoritos de chistera que le largan á uno cinco perros de propina como si uno fuera un *méndigo*!...

—¿Pues qué quieres? ¿que te dé cinco duros y te abraza y le dé al caballo las más expresivas gracias, por que no se ha desbocado y me ha roto el alma contra un farol?...

A las ocho de la noche llegaba yo echando chispas á las tapias del jardín de D. Sisebuto.

Ya no me esperaba mi Pancracia seguramente.

El negocio estaba perdido y no es extraño que las palpitaciones de mi corazón, se oyeran desde Marruecos.

Salté la tapia... y no encontré á mi entrañable Pancracia.

A quien encontré fue al jardnero que gritando: «¡ladrones! ¡ladrones!» me apuntaba con la escopeta.

Escusado, es decir, que escapé de allí como alma que lleva el diablo.

Cuando llegué á casa me encontré con una esqueja que decía:

«He hecho el sacrificio de esperarle á usted bajo el alcornoque hasta las seis y treinta y cinco. ¡Sacrificio inútil! No piense usted más en mí. Ha vencido en mi corazón su rival de usted Pepito Siambrero, claro que es un modelo de puntualidad... ¡Hasta nunca!

Pancracia Somormijo.»

¡Y todo por aquel maldito *simón* fiel reflejo de casi todos los de su casta!

Después de lo ocurrido, figúrense ustedes el cariño que tendré á los coches de punto.

¡Cargados de dinamita los quisiera ver yo!

Juan Pérez Zúñiga.
20 de Diciembre 93.
(Prohibida la reproducción).

momento, un jóven guerrero pasó sin ruido entre ellos con ligereza, y fué á sentarse á la orilla del río. El padre no lanzó ninguna exclamación de sorpresa, y todos quedaron en silencio durante algunos minutos pareciendo cada cual esperar el momento en que pudiera hablar, sin demostrar la curiosidad de una mujer ó la impaciencia de un niño. El hombre blanco pareció querer conformarse con aquellas costumbres, y volviendo á colocar el cuchillo en la vaina, guardó la misma reserva.

Por fin Chiagachgook levantó con lentitud los ojos hácia su hijo:

—Y bien, le preguntó, los Maquas se atreven á de jar en estos bosques las señetas de sus mocasines?

—Me ha puesto sobre sus huellas, respondió el jóven indio, y sé que son en número igual á los dedos de mis dos manos, pero se ocultan como mandrias.

—Ecos bribones tratan de robar ó de escalar, dijo el hombre blanco, á quien designaremos con el nombre de Ojo de Halcón que le daban sus compañeros.

—El francés Moncalm será capaz de enviar sus espías hasta nuestro campamento, para saber al oculto que seguimos.

—Basta, dijo el padre observando la altura del sol que descendía ya hácia el horizonte, serán arrojados como granos de sus guaridas. Ojo de Halcón, comamos esta tarde, y hagamos ver mañana á los Maquas que somos hombres.

—Las tumbas inspiran pensamientos grandes y solemnes, dijo el blanco conmovido por el aspecto de calma y resignación de su compañero, y su vista fortifica comunmente á un hombre en sus buenos propósitos. En cuanto á mi, espero dejar mis miembros pudrirse sin sepultura en los bosques, á menos que no sirvan de pasto á los lobos. Pero en donde se encuentran ahora vuestro pueblo, que fué á reunirse con sus parientes en el Delaware hace tantos años?

—En dónde están todas las flores que durante las primaveras se han sucedido en ese tiempo? Se han secado, han caído las unas despues de las otras. Lo mismo ha sucedido á mi familia, á mi pueblo; todos han partido unos tras otros para la tierra de los espíritus. Yo estoy en la cumbre de la montaña; es necesario que descienda al valle, y cuando Uncas me haya seguido, no existirá ya una gota de la sangre de los Sagamores, porque mi hijo es el último de los Mohicanos.

—Uncas está aquí, dijo otra voz á poca distancia, con el mismo tono dulce y gutural: que le queréis á Uncas?

El cazador sacó el cuchillo de su vaina de cuero, é hizo un movimiento con la otra mano como para cojer su fusil; pero el indio no pareció conmovido por esta interrupción inesperada, y no volvió siquiera la cabeza para ver quien hablaba así. Casi en el mismo

—Eso es lo que un hombre honrado no puede negar, dijo el blanco un poco disgustado por el debil grado de confianza que el indio parecía conceder á la explicación que acababa de darle del misterio del flujo y reflujo: y convengo en que lo que decís es verdad en pequeña escala, y cuando el terreno es plano. Pero todo depende de la escala en la cual midais las cosas; en pequeña escala, la tierra es plana; pero en grande escala es redonda. De esta manera, el agua puede estar estancada en los grandes lagos de agua dulce, como vos y yo sabemos, puesto que lo hemos visto; pero cuando el agua está repartida en un gran espacio como el mar, siendo la tierra redonda, como creer razonablemente que puede estar en reposo? Tanto valdría pensar que permanecería quieta detrás de las rocas negras que están á una milla de nosotros, cuando vuestros propios oidos os dicen en este momento que se precipita por encima de ellas.

Si los razonamientos filosóficos del blanco no parecían muy satisfactorios al indio, tenía este demasiada dignidad para hacer tarde de su incredulidad; aparentaba escuchar como hombre convencido, y continuó su narración con el mismo tono solemne.

—Nosotros vinimos desde el sitio en que el sol se oculta durante la noche, atravesando las grandes llanuras que alimentaban los búfalos, hasta las orillas del gran río; aquí combatimos á los Alligewia, y la